

El come dedos

LUIS FERNANDO ESCALONA

Por enésima vez se metió el dedo en la boca.

Al principio fue un reflejo de sus nervios. Era típico en él comerse las uñas cuando algún evento importante se avecinaba. Cuando faltaron las uñas, siguió la piel.

Después se le hizo divertido observar cómo la piel se iba desprendiendo en largas tiras blancas de carne muerta. Llegó a pasarse hasta una hora jugando con su dedo índice, desnudándolo casi por completo de la primera capa de epidermis.

Una vez, con ayuda de sus dientes y la otra mano, se arrancó más de la cuenta y el dedo sangró. Pero cuando éste se recuperó en su totalidad, volvió con la tarea. Ya no eran simples nervios, ni costumbre.

Comenzó a sentir una profunda necesidad de hacerlo. Y no sólo con el dedo índice sino con los demás. Primero la uña, luego la carne. La sensación iba más allá de un simple fetichismo. Su fijación fue a parar a los dedos de su esposa, de sus hijos de la gente.

En el camión, veía las manos de los pasajeros y buscaba alguna célula muerta. Cuando la encontraba, su mente no dejaba de atormentarlo con la idea de poseer esa carne. De arrancarla con suavidad dedo por dedo.

Ya su esposa le había advertido sobre esa rara costumbre suya. “En unos meses, tendrás unos dedos horribles”, le decía y él dejaba de hacerlo. Pero sólo por unos minutos. Después, volvía a su labor.

Una noche tuvo una pesadilla. Despertaba con cierta inquietud. Y se vio las manos. Cuál fue su sorpresa al encontrarlas horriblemente mutiladas. Faltaba su fiel índice. Pero no nada más él. Faltaban nueve dedos más.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó histérico a su esposa.

—Que te he cortado los dedos para que acabaras con tu maldita costumbre.

Entonces, se abalanzó sobre su esposa. El golpe de su cuerpo hizo que ambos cayeran fuera de la cama. En el suelo, mientras la tenía dominada con su peso, tomó el suave y fresco dedo índice de su esposa.

Y comenzó a arrancarle la epidermis con los dientes.

A mitad de la noche de aquella pesadilla volteó a ver a su esposa. Por fortuna todo había sido un sueño. Entonces sus ojos fueron a posarse en sus manos y su grito despertó a la mujer.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó histérico a su esposa —¡Me cortaste los dedos!

—No, no lo hice.

—Y, ¿cómo le llamas a esto? —gritó enseñándole las manos.

—Hablabas mientras soñabas.

—¿Y?

—Soñabas que comías.

—Y, ¿qué comía?

—¿No lo ves?

—No entiendo.

—¿Qué te comiste los dedos mientras dormías —dijo ella encolerizada y se levantó de la cama. ■